



([DANIEL BORES](#) , 29/01/2013) Hoy en día la moral funciona de la siguiente forma: “es moralmente aceptable todo cuanto haces sin dañar al otro”. Bajo este (absurdo y pobre) criterio moral, para el dopaje se señala lo siguiente: “El error de quien se dopa no es haberse dopado, sino haber ganado una competición que debiera haber ganado quien estaba limpio”. Solo tengo veinticinco años, pero ya me dan como para entender que con esta “solidez moral” casi todo lo que ocurra en este mundo se justifica con la misma velocidad con la que Usaín Bolt recorre los cien metros.

EL Dr. Francisco Javier Calderón, profesor de Fisiología del Ejercicio del INEF de Madrid, solía decirnos en sus clases que con el dopaje hay mucha demagogia. Señalaba que en el ciclismo, por ejemplo, este problema era como una pescadilla que se muerde la cola. Para lograr hacer la burrada de kilómetros que los ciclistas hacen en el Tour de Francia en tan solo un par de semanas se hace casi impensable no tomar suplementación que bordea (o en ocasiones excede) lo ilegal. Y como gracias a esto muchos ciclistas son capaces de terminar la competición, cada año se aumenta la dificultad de las carreras, el número de puertos y se exige mayor espectáculo al ciclista, dejando sobre sus hombros el prestigio de este deporte y la responsabilidad de mantener bien cotizados sus derechos de retransmisión y bien contentos a los patrocinadores.

Mucho se ha comentado sobre Armstrong, el único ciclista con siete Tours de Francia consecutivos, por reconocer delante de los medios de comunicación que había usado EPO, testosterona y transfusiones de sangre para mejorar su rendimiento en las carreras. Y como opinar es una de las pocas cosas que siguen siendo gratis en nuestro país, la gente ha opinado y mucho...quizá demasiado. Yo creo que para ciertas opiniones se debiera cobrar un impuesto simbólico, para eliminar aquellas tan absurdas como inútiles, dejando así opinar a quienes se arman de información, sentido común y respeto antes de emitir un juicio.



Las transfusiones de sangre. Una forma de "dopaje" para mejorar el rendimiento ante el esfuerzo

Ettore Torri, fiscal antidopaje del CONI (Comité Olímpico de Italia) confesaba en una entrevista: *“Cuanto más me involucro en esto, más me sorprende de la difusión del dopaje. No creo que se pueda erradicar. Últimamente todos los ciclistas interrogados me han dicho que se dopan”*. Es sorprendente esta afirmación para quienes son ajenos a este mundo. Pero para quienes conocemos a deportistas profesionales sabemos perfectamente que la frase de “Hecha la ley, hecha la trampa” está a la orden del día. Un ejemplo claro es una sustancia llamada AICAR. Hasta el año 2010 no se creó un test adecuado para detectar el consumo de este producto, por lo que todos los deportistas que hayan querido han podido consumir AICAR sin problemas hasta el 2010. Y así ocurre con un sinnúmero de sustancias que pasan de desconocidas a recomendadas, de recomendadas a utilizadas, de utilizadas a investigadas y de investigadas a prohibidas. El problema de esta cadena es que no termina aquí, porque aún falta un eslabón que la completa: de prohibidas, a utilizadas de nuevo.

Yo estoy totalmente en contra del dopaje. Desprecio cualquier forma de superar al rival o superarse a sí mismo utilizando mecanismos ilegales. Me afirmo en mi convicción de que no todos los deportistas cometen actos ilegales en el deporte. Creo, porque conozco, que hay deportistas que nunca ganarán nada porque han decidido no doparse. En la pista de atletismo del CSD, junto a la que yo estudié durante cinco años, solía trabajar un entrenador que iba siempre con sombrero. Se llamaba Manuel Pascua. Ha sido seguramente el mejor entrenador español de atletismo de todos los tiempos. Compañeros míos han entrenado con él. En una

entrevista que hizo al poco tiempo de ser detenido dentro de la denominada “Operación Galgo” comentó, sin arrugarse: “cada atleta tenía un plan de dopaje personalizado para cada prueba y cada momento de la temporada. Todos mis atletas se dopaban”. No haría falta profundizar demasiado en la lógica de este mundo para comprender lo que ocurre: *si quieres llegar a algo, tienes que entrenar con alguien. Y si quieres entrenar con alguien, te tienes que tomar algo. O lo tomas o lo dejas.*

El deporte es una cara más del poliedro de la sociedad. Como sucede casi siempre, quien algo quiere algo le cuesta. Algunas veces lo que le cuesta es sudor, pero tristemente no siempre es así. En ocasiones, quien quiere llegar a ser *alguien* en el deporte debe ser primero “un algo”. Porque ser tratado como a un cerdo cebado o a un pollo engordado es ser tratado como a un objeto. En este entramado en el que se mezclan patrocinadores, premios, marcas, becas y medallas, debes hablar bajito, no vaya a ser que te oigan quienes te pagan, te premian, te cronometran, te becan y te dan la medalla.

Para aquellos que creéis en el deporte como una forma de superar el propio límite, de disfrutar de nuestras posibilidades y del espectáculo sano, os propongo un reto: escribid en un folio vuestras prioridades en la vida. Si alguien alguna vez os pide que hagáis algo indebido para lograr un objetivo, comenzad a leer la primera prioridad, luego la segunda y luego la tercera. Después ya podéis contestar a gusto.

Autor: [Daniel Bores García](#)

© 2013. Este artículo puede reproducirse siempre que se haga de forma gratuita y citando expresamente al autor y a ACTUALIDAD EVANGÉLICA como fuente.

{loadposition bores}